

DESAFÍOS DE LA CULTURA DEL ENCUENTRO PARA LAS NNGG

Comisión de NG

La urgente llamada de salir al encuentro

*Mario Pulido, SDS. Caracas
Coordinador de NNGG Venezuela*

Para nadie es un secreto la grave crisis humanitaria que se vive en casi toda América Latina en los últimos años; las Nuevas Generaciones de religiosas/os no sólo sufrimos esta crisis, sino que también, nos sentimos interpelados por el hermano que pasa hambre, sufre muertes violentas y demás males de nuestra sociedad. Esta llamada nos hace trabajar por una cultura del encuentro, que lejos de ser un concepto o frase bonita, significa una nueva forma de vida y modo de actuar con relación a los otros.

Sabemos que “la cultura del encuentro” no es algo nuevo en el mundo ni en la Iglesia, ya que tiene su fundamento en la praxis de Jesús mientras estuvo entre nosotras/os, como uno más, es decir, que en Él encuentra su significado vivo y actuante. Es en esta profunda visión teológica y pastoral típica del Papa Francisco en que las/os religiosas/os de hoy nos inspiramos, no por estar de “moda”, sino porque nuestra rea-

lidad lo está necesitando urgentemente. Un ejemplo de tal praxis la encontramos en acciones tales como: comunidades religiosas que se unen elevando sus voces para que cese el odio, la violencia, y la injusticia; una Nueva Generación que es capaz de apostar por la vida, saliendo de sus comodidades y uniéndose con otros para dar respuesta ante tanto sufrimiento; una Nueva Generación que ve el pasado de sus congregaciones y sale al encuentro de hermanas y hermanos mayores que han gastado su vida en favor del otro; una Nueva Generación que actualiza día a día su carisma con el frescor de la *Ruah Divina*.

Esta dura realidad que vive la inmensa mayoría de los latinoamericanos nos invita a salir de nuestra inercia y comodidades, no porque lo hayamos discernido así, sino porque la pobreza nos abraza a todas/os; eso no quiere decir que no exista aún un buen grupo de religiosas/os encerrados en sí mismos, viviendo de sus propios conceptos. Sin embargo, en las Nuevas Generaciones reiteramos la convicción de que sólo a partir del diálogo y el encuentro entre todas/os los actores (políticos, económicos, sociales y religiosos), además de

la voluntad compartida en la búsqueda de espacios para ese diálogo y encuentro, seremos capaces de construir una sociedad justa y democrática, tarea muy difícil en estos momentos, pues reina la anarquía en sus instituciones sociales, la corrupción ha llegado a índices insospechados, sumándole la pobreza antropológica-cultural en que estamos sometidos desde estas últimas décadas.

Frente a la situación antes descrita no queremos quedarnos en la constante queja, tampoco en la fría indiferencia; porque ella nos empuja a la búsqueda de la reconciliación y de la paz con justicia y verdad; además nos corresponde estimular, en nuestros espacios y apostolados, consensos y acuerdos que preserven las diferencias, los cuales nos permitan promover la equidad y superar la excesiva fragmentación social en la que vivimos; unido al firme compromiso por el respeto a normas básicas de convivencia, lo cual no elimina los conflictos, ni la diversidad.

Hoy, en nuestro continente no solamente sufrimos la pobreza y los altos índices de violencia, sino también la injusticia, fruto del mal ejercicio de la política y la implementación de un sistema fracasa-

do que ha estropeado el futuro de nuestros jóvenes. Este mal ejercicio de la política, que no construye el bien de todos los latinoamericanos, tiene su origen en el robo de la riqueza y recursos naturales, colocada en manos de unos pocos privilegiados, causando el detrimento de nuestro pueblo, cada día más pobre y hambriento.

Mi madre no duerme hasta que yo no llegue

Ana Rúbia Pereira Pinto, INSC Hnas. de Nuestra Señora del Calvario.

Coordinadora NNGG Región Nordeste-Brasil.

Hoy escuché una reflexión sobre el sentido de la vida, por Mario Portella; me pareció interesante, él recordaba la letra de una música muy conocida por nosotros, aquí en Brasil, “el tren de las once”. Resaltaba exactamente esta frase: “mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)”

Pienso que esto nos ayuda a ver la cultura del encuentro en las Nuevas Generaciones, que son nuevas porque existieron otras antes y estas otras nos abrieron caminos para que lo nuevo acon-

teciera. La cultura del encuentro hoy, nos permite generar en nosotros una necesidad latente de que estemos juntas/os, de que nos importemos los unos a los otros. La frase de esta música nos relaciona con la experiencia de encuentros y nos hace pensar: cómo es bueno poder volver y saber que alguien nos está esperando. Cómo es bueno pensar que en algún lugar alguien se preocupa por nosotros. Cómo es bueno saber que vamos a llegar y otro vendrá a nuestro encuentro, saludándonos con un abrazo, con una mirada, con un toque cariñoso cargado de calor.

Vivimos en un tiempo donde los encuentros son “en línea”, en el que las miradas son un “instrumento pequeño”, y en el que los abrazos pierden su calor original, porque el calor del abrazo está cargado de “irradiación”.

Me vuelve a la memoria la letra de la música “mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)”. Yo tengo un amigo que cuando conversamos siempre me dice: ¿qué de bueno obtienes de todo esto? ¿Qué necesitamos rescatar de lo bueno que quedó en las generaciones pasadas, además de la música de los 80? Recuerdo con mucha nostalgia las conversacio-

nes, los encuentros en la iglesia; la gente llamándome por mi nombre en las calles o en mi casa... Hoy oímos a alguien llamándonos, más por un aparato celular. Creo en los beneficios que la tecnología trae, pero creo también en el encuentro verdadero entre las personas. Eso, el internet no puede proporcionárnoslo.

Nosotros somos seres de relación, nos necesitamos unos a otros, y la máquina no sustituirá esta necesidad, somos seres de encuentros y desencuentros. Nacemos de un encuentro, que se da en la mirada, en un toque, en un abrazo, generando una vida. Cuando una madre recibe al hijo en los brazos acontece el primer encuentro, en los ojos se comunica y en el amor se establece la fuerza entre la madre y el hijo. El encuentro genera comunicación y la comunicación nos permite conocernos, nos permite intimidad, confianza. La confianza crea opciones que se desenvuelven a lo largo de la vida. Tales opciones nos llevan a establecer nuevas relaciones, salimos de nosotros mismos, y vamos al encuentro de lo desconocido. A veces hay desencuentro, pero las experiencias adquiridas nos estimulan a adquirir relaciones maduras.

“Mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)” una vez más esa música me hace pensar ahora en María. ¿Cuántas veces María perdió su noche de sueño como una buena madre esperando a su hijo? Una relación maternal que la Vida Religiosa Consagrada recibe como herencia de María, que ya en el útero enseñó a Jesús que debemos ayudarnos los unos a los otros, en su encuentro con Isabel (Lc 1, 39 ss), en las fiestas de las bodas de Caná (Jn 2, 1-5). María es la mujer inspiradora de la cultura del encuentro, modelo de Vida Consagrada, que nos enseña a mirar con ternura y con atención desde el corazón a todos. Nos enseña a no perder la esperanza y a colocarnos siempre en el camino del encuentro con el otro, en la lucha por la paz y la justicia (Lc 1, 46 ss), a que no seamos indiferentes a la realidad que nos rodea y no establezcamos límites para un verdadero encuentro, un verdadero diálogo (Lc 1, 29-37). Esto también es cultura del encuentro e intercambio de experiencias generacionales.

En la Vida Religiosa Consagrada tenemos este desafío, recrear lazos, buscar entre las generaciones diálogos y no monólogos, buscar y dejarse encontrar por la ener-

gía que rodea a la vida: el amor. Conectarnos con el único que nos hace ser únicos. Jesús nos enseña el camino cuando nos dice: el Padre y yo somos uno. Nosotros somos uno en el creador, nosotros somos uno en la creación.

Jesús, en cuanto hombre, vivió relaciones de afecto con las personas, nada le impedía una mirada, estar al lado, oír, alegrarse y llorar con el dolor del otro (Jn 2, 3-4.8.11), Jesús no perdía la oportunidad de presentar a las personas el rostro misericordioso del padre, él amó y nos enseñó a amar, vivió su humanidad con tanta intensidad que se divinizó al punto que Felipe le llegó a pedir: “Señor muéstranos al Padre” y Jesús le dijo: “Tanto tiempo que estoy contigo” (Jn 14, 8-9). No tengamos miedo del encuentro con el diferente, el desconocido, pues él siempre nos llevará al encuentro con el creador. Que en medio de muchos quehaceres consigamos encontrar nuestra esencia: ser consagrados para amar, ser consagrados para el encuentro. Como Jesús, tener la sensibilidad de percibir cuando alguien nos toque y preguntar: ¿quién me tocó? A partir de ahí comenzar una nueva historia...

Hacia el encuentro en una cultura de desencuentros

H. Gustavo Luís Prado Ribeiro, FMS (Marista) - Belo Horizonte - Brasil.

El antropólogo Lévi-Strauss define cultura como “un sistema simbólico, que es una creación acumulativa de la mente humana”. Es decir que es un producto de la propia naturaleza humana, algo que puede ser adquirido, aprendido, cultivado. Cuando hablamos de una cultura del encuentro, podemos entender algo que pasó a hacer parte de nuestras relaciones, porque fue aprendido, construido, que primordialmente, hace parte de nuestra esencia humana de relación, de abrirse al otro, que permite el intercambio, el compartir.

Es extremadamente paradójico hablar de encuentro cuando vivimos tiempos de total fragmentación y fluidez. Todo parece moverse de manera autónoma e independiente. La gente parece dar prioridad cada vez más a la “privacidad anunciada”. La idea

reinante es la de la realización personal, siempre personal y autorreferencial.

Este escenario no está distante de la Vida Religiosa Consagrada. Parece que aquellas y aquellos que deberían vivir de manera contracultural adecuaron sus estilos de vida a lo vigente en nuestras sociedades individualistas. Ajustamos nuestras vidas a las nuevas exigencias posmodernas, pidiendo que se garantice nuestra privacidad irrestricta, en la que entran solamente, aquellos a los cuales les permitimos. No podemos vivir más en comunidades donde cohabitan religiosos de edades diferentes, y los jóvenes no pueden vivir con los ancianos, porque los lugares apropiados

para los religiosos ancianos son las enfermerías.

Es imperativo para los jóvenes de hoy, sobre todo para las Nuevas Generaciones de la Vida Religiosa Consagrada, la construcción de una nueva cultura, y una cultura que sea del encuentro. Nada nos debe parecer imposible cambiar, como nos dice Bertolt Brecht, porque algunos signos de esperanza ya comienzan a surgir. Las Nuevas Generaciones de la VRC estamos llamadas a asumir el desafío de ser “Sacramento de la Novedad” y ofrecer lo poco que somos y poseemos para transformar nuestras realidades y salir al encuentro. Porque cuando encontramos al otro nos encontramos y sabemos un poco más quiénes somos.